

blo á los A-
tenienses
que iba á
anunciarnos
al dios des-
conocido
que ellos a-
doran?

dian un culto impío y supersticioso, ¿cómo puede decir S. Pablo que este era el Dios omnipotente, criador del cielo y de la tierra, ó su Hijo coeterno y Salvador del mundo? Si ellos conocian al Dios de los Hebreos, ¿por qué no consagrarle un altar en vez de erigirle uno con la inscripcion: *Al dios desconocido!* ¿Y cómo habrian podido conocer á Jesucristo por Dios, puesto que entónces no era conocida su divinidad mas que de sus discipulos, y que los Judios solo lo reconocian como hombre! La religion de los Judios estaba muy desacreditada entre los gentiles; y lo que allí se decia de su Dios y del modo con que lo servian en su templo, no era propio en manera alguna para inspirar á los Atenienses la idea de ponerlo en el número de sus divinidades. Se pretendia que ellos adoraban á un asno, ó á un puerco, ó una cabeza de asno, ó á un hombre, ó las nubes y el cielo:

Nil praeter nubes et coeli numen adorant (1).

A todo esto se puede responder, que S. Pablo no ha pretendido que los Atenienses adorasen realmente ni al Dios criador del mundo, ni á su Hijo coeterno, encarnado para la salvacion de los hombres: si lo hubieran querido adorar, tambien lo habrian conocido. Mas quiere decirles, que va á fijar su culto, anunciándoles un Dios que no conocian y que solo merecia sus adoraciones. Nosotros adorais á un dios desconocido; yo voy á descubrirlo uno que no conocéis, y que merece toda vuestra veneracion y todo nuestro culto. Los demas que podréis tener designio de adorar bajo el nombre de *dioses desconocidos*, de cualquier nombre, pais y nacion que sean, no son dioses: este de quien yo os hablo, es el único verdadero Dios, el único que tiene derecho de exigir nuestros respetos y homenajes.

S. Agustin (2) no duda que los Atenienses no hayan adorado al verdadero Dios bajo el nombre del *Dios desconocido*, y aun supone que á lo menos tenian de él un conocimiento vago y confuso, pues compara el culto que le rendian, al que los cismáticos tributan á Dios fuera de la Iglesia. El Apóstol queria pues que ellos adorasen útil y sabiamente en la Iglesia, lo que ignorante é inútilmente adoraban fuera de ella: *Quid eis praestare cupiens, nisi ut eundem Deum, quem praeter Ecclesiam ignoranter atque inutiliter colebant, in Ecclesia sapienter et salubriter colerent?* Mas no debe insistirse en la comparacion que hace S. Agustin del culto de los Atenienses con el de los cismáticos, sino sobre la inutilidad de uno y otro: porque estos últimos conocen perfectamente al Dios que adoran, en vez de que los Atenienses de ninguna manera conocian al verdadero Dios, ni tenian intencion alguna particular de adorarlo. Únicamente erigieron un altar al dios desconocido, temerosos de no adorar cuantos dioses existian dignos de su culto, sin pensar en el Dios de los Hebreos que seguramente no conocian. S. Pablo por un giro retórico que le es bastante ordinario, toma ocasion de este dios incierto y desconocido, para hacerles conocer al Dios que no conocian, y que hubieran debido adorar abandonando todos los demas.

[1] *Jurnal. satyr. xiv.*—[2] *Aug. l. i. contra Crescon. c. 29.*

DISERTACION

SOBRE

LA MUERTE DE LA SANTÍSIMA VIRGEN,

MADRE DE DIOS.

Aunque la Iglesia cristiana haya profesado siempre un profundo respeto á la santísima Virgen, y le haya tributado un culto superior al que da á los otros santos, es necesario confesar sin embargo, que este culto ha recibido varios aumentos segun los tiempos y circunstancias; y que á medida que los hereges se han esforzado en disminuir ó aniquilar las excelentes cualidades de María, los fieles se han empeñado en darle nuevas pruebas de su devocion. Así vemos que desde la heregia de Nestorio, que negaba á María su cualidad de madre de Dios, se han instituido nuevas festividades en honor suyo, en las cuales se ha aumentado el esplendor de las antiguas.

La Escritura no nos dice ni el lugar, ni el tiempo, ni ninguna otra circunstancia de la muerte de la Virgen. Despues que Jesucristo desde la cruz recomendó á S. Juan Evangelista, su discipulo amado, que cuidase de la santísima Virgen como de su propia madre (1), la llevó este santo apóstol á su casa, y tuvo cuidado de ella como de la madre de su maestro y su Dios. Despues de la ascension del Salvador y la venida del Espíritu Santo al cenáculo, en donde estaba la Virgen con los apóstoles, S. Lucas (2), que con razon se mira como el evangelista de María, y es quien nos ha referido mas particularidades de su historia, nada nos dice en este asunto. Los padres mas antiguos de la Iglesia, tampoco nos han dejado cosa alguna en los escritos que de ellos tenemos, sobre la muerte y resurreccion de la madre de Dios: solo hallamos en ellos lo que de su persona santa se dice en la Escritura: esto reverencian, esto admiran, y de esto sacan motivos de instruccion y de edificacion.

Mas despues del siglo quinto se vieron aparecer ciertas obras que aunque llenas de relaciones inciertas, y aun fabulosas en algunos respetos, no dejaron de hacer impresion sobre los pueblos, y dieron lugar á diversas opiniones acerca de la muerte de la madre de Dios. Nuestro designio es exponerlas aqui, y para hacerlo con mas método, referiremos, 1.º la tradicion de la iglesia latina sobre la muerte, sepultura y asuncion de la Virgen: 2.º la tradicion de la Iglesia griega, y en particular de la de Jerusalem: 3.º la de la iglesia de Egipto: 4.º en fin la de las iglesias orientales de Siria, de Egipto &c.

Diversos aumentos del culto de la Virgen. Silencio de la Escritura sobre la muerte de la Madre de Dios. Obras apócrifas que han producido nuevas opiniones sobre este punto. Objeto y partes de esta Disertacion.

[1] *Joan. xiv. 27.*—[2] *Act. i. 14.*

ARTICULO I. Tradición de la iglesia latina sobre la muerte, sepultura y ascension de la santísima Virgen.

I.
Diversas opi-
ciones sobre
la muerte ó
ascension de
la Virgen.

Algunos (1) pretenden que la santísima Virgen no murió, sino que fué transportada al cielo en cuerpo y alma, no siendo conforme á razon, dicen, que una criatura tan pura, tan inocente, que no fué manchada del pecado, se viese sometida al decreto de muerte, que se pronunció solamente contra Adán prevaricador, para castigarlo de su desobediencia; y no era justo que el cuerpo de Maria que dió nacimiento á Jesucristo, autor de la vida, quedase sujeto á la muerte y sus consecuencias. San Epifanio que vivia en el siglo cuarto, declara que no puede afirmar si la Virgen murió, ó quedó inmortal, ni si ha salido de este mundo por su muerte natural, ó si coronó su vida con el martirio, segun estas palabras del anciano Simeon: *La espada traspasará tu alma* (2); ó si permaneció inmortal, segun este pasage del Apocalipsis: *El dragon corrió sobre la muger que habia dado á luz un niño varon; mas ella recibió alas de águila, con las cuales se salvo en el desierto, en donde se alimentada lejos de la presencia de la serpiente* (3). Concluye el santo, que habiendo dejado la Escritura indiferente este asunto, debemos mantenernos en silencio acerca de él; empero que ya sea que haya muerto, ó permanecido inmortal, se debe creer que obtuvo la corona de una pureza sin mancha.

Entre los que despues han hablado de la muerte de la Virgen, hay (4) quien pretenda mostrar, aun por la misma Escritura, que Maria no ha muerto, porque en ella se dice de Eva que fué sacada de la costilla de Adán mientras este dormia: la prueba no es en verdad muy convincente. Otros (5) avanzan que no se tienen mas pruebas de su muerte que de su resurreccion; y que los que dudan de la una, pueden, ó deben tambien dudar de la otra: como si fuese igual dudar de una cosa superior al órden natural, y dudar de otra que es consecuencia de la ley general impuesta á todos los hombres. Muchos (6) se contentan con proponer la inmortalidad de Maria como una cosa incierta, y una opinion dudosa, pero que honra á la madre de Dios.

Otros creen que murió por el martirio. Acabamos de ver por San Epifanio, que algunos lo creian así. San Ambrosio, sobre las palabras de Simeon que trae San Lucas: *La espada traspasará tu alma*, propone lo mismo, pero dudando; y confiesa que los historiadores no nos dicen que Maria haya terminado su vida con una muerte violenta (7).

En fin la opinion mas comun, y casi general, es que la santísima Virgen murió de muerte natural, y fué sepultada. Mas se piensa de diverso modo sobre el tiempo de su muerte, sobre su edad, sobre el lugar en que murió, sobre el de su sepultura, y sobre lo que siguió á su dichosa muerte.

II.
Resumen del
libro del fal.

Un autor, impreso bajo el nombre de San Meliton, obispo de Sardes en el segundo siglo, refiere la cosa muy extensamente (8), y dice

[1] *Quidam apud Epiphon. haeres 78. cap. 11.*—[2] *Luc. n. 35.*—[3] *Apoc. xii. 13. 14.*—[4] *Theod. Abucero, T. XI. Bibl. PP. Paris. en. 1644. p. 433.*—[5] *Thomas. de fest. p. 412.* [6] *Quidam apud Timot. presb. Jerosol. homil. 3. et apud Isidor. de vit. et mori. SS. mosq. et apud. Bed. in Luc. n. etc.*—[7] *Ambros. in Luc. n.*—[8] *Serd. episc. Melit. Bibl. PP. tom. n. part. 2. p. 212.*

que un cierto hombre llamado Leurio que habia conversado con él entre los apóstoles, y que habia insertado en su libro muchas cosas, tocante á la doctrina de estos y á sus acciones, pero que tambien habia mezclado muchas cosas impías y peligrosas, hablaba en particular de la muerte de la Virgen de un modo tan impio, que no se atrevian á leer esto en la Iglesia. Meliton, ó el que ha tomado su nombre, añade que él va á referir sencillamente lo que ha sabido del apóstol San Juan: conviene á saber, que el Padre está en el Hijo, y el Hijo en el Padre, un solo Dios en tres personas, y no dos naturalezas en el hombre, una buena y otra mala. Echo este preámbulo, dice que la Virgen despues de la resurreccion del Salvador moraba ordinariamente en Jerusalem en casa de San Juan Evangelista, cerca del monte Oliveto, mientras este apóstol se ocupaba en predicar el Evangelio en los parages que le habian tocado por suerte; que veinte y dos años despues de la ascension de Jesucristo, fué enviado un ángel á la santísima Virgen, y le puso en la mano un ramo de palma que Jesucristo le enviaba, para que despues de su muerte, que habia de ser á los tres dias, la hiciese llevar delante del féretro. La Virgen rogó al ángel que los apóstoles se hallasen presentes el dia de su muerte: él lo prometió así, y le dijo que por virtud de Dios serian transportados á Jerusalem en un momento. Pidió ella despues que no se le apareciese Satanas á la hora de la muerte; á lo que el ángel contestó, que esta gracia se debia pedir á Jesucristo; y dicho esto se retiró. Entretanto la palma que dejó á Maria resplandecia con una luz extraordinaria. Maria se transportó con esta palma al monte de los Olivos, y allí rogó á su Hijo no permitiera que el poder del infierno prevaleciese contra ella. Acabada su oracion, se volvió á su casa.

Al mismo tiempo, predicando San Juan Evangelista en Efeso un domingo á la hora de tercia, se sintió un gran temblor de tierra, y una nube se llevó al santo apóstol á vista de la asamblea, lo condujo milagrosamente á Jerusalem, y lo puso ante la puerta de la casa que habitaba la santísima Virgen. Luego que entró le dijo Maria que ella habia de morir en tres dias, y que habiendo sabido que los Judios querian llevarse su cuerpo para quemarlo, le suplicaba tomase la palma milagrosa, y la hiciese llevar delante de su féretro, cuando la condujesen al sepulcro; y al mismo tiempo le puso en las manos los lienzos con que queria revistiesen su cuerpo despues de su muerte. Preguntándole San Juan, cómo podria él solo prestarle los últimos deberes, repentinamente todos los apóstoles, que se hallaban dispersados en las diversas partes del mundo, fueron arrebatados al aire y transportados ante la casa de la Virgen. San Pablo se halló allí como los otros, y habiéndole suplicado San Pedro que hiciese la oracion en nombre de todos, se escusó el apóstol, y la hizo San Pedro. Concluida la oracion, salió afuera San Juan y les anunció lo que acababa de oír tocante á la próxima muerte de Maria.

Entónces entraron y refirieron á la Virgen el modo milagroso con que habian sido llevados á su presencia. Pusiéronse en oracion junto á ella, y el tercer dia, habiendo caído en un profundo letargo todos los asistentes, excepto los apóstoles y tres vírgenes que acompañaban á Maria, se apareció el Salvador de repente, acompañado de sus ángeles é invitó á su santísima Madre á que fuese con él. Maria

so Meliton,
sobre la mu-
erta y ascun-
cion de la
Virgen.

se prosternó, y le suplicó de nuevo que no permitiera que ella viese aparecer los demonios á su encuentro. Jesus la aseguró, y la dijo que ella vería al ángel de Satanas, según la ley común á todos los hombres; mas que el maligno espíritu nada podría contra ella. Al instante espiró ella, acostada en su lecho, y los apóstoles vieron una luz tan grande, que nada era capaz de igualarla. Entonces tomó Jesucristo el alma de María y la entregó en manos de San Miguel, que la condejo al cielo, acompañado del ángel Gabriel. Ordeno luego el Salvador á San Pedro y los demás apóstoles, que llevasen el cuerpo hacia la derecha de Jerusalem del lado del Oriente, y lo pusiesen en un sepulcro nuevo que allí encontrarían preparado, mientras ellos lo alcanzaba.

Las tres vírgenes que habían asistido á la muerte de María lavaron el cuerpo, que estaba tan resplandeciente, que no podía sufrirse el resplandor; pero este se dispuso cuando la vistieron con los vestidos preparados para llevarla al sepulcro. San Pedro y San Pablo llevaron el féretro; San Juan la palma luminosa, yendo por delante del entierro; y los otros apóstoles seguían, cantando: *Israel ha salido de Egipto; Aleluya*. Los ángeles hacían también oír sus voces en los aires. A este espectáculo acudió el pueblo de Jerusalem en número de quince mil hombres, y habiendo el sumo sacerdote puesto las manos en el féretro para volcarlo, se le secaron desde el codo, quedando como pegadas al ataúd. Rogó á San Pedro que lo sanase, y el santo apóstol le dijo, que si quiera creer en Jesucristo, quedaría sano; creyó el pontífice, y sanó. A este tiempo los ángeles cegaron á todo el pueblo, y San Pedro dijo al gran sacerdote: Toma esa palma de las manos de nuestro hermano Juan, entra en la ciudad, y aplícala á los ojos de todos los que han cegado; si ellos quieren creer en Jesucristo, quedarán sanos. Obedeció el sumo pontífice, curó á los ciegos que creyeron, y llevó luego la palma á los apóstoles.

Habiendo llegado estos al valle de Josafat, al sitio que el Señor les había designado, depositaron el cuerpo de María en el sepulcro nuevo que hallaron allí preparado, y se sentaron á la entrada del monumento esperando al Salvador, que llegó muy breve, rodeado de una luz inefable. Pidieronle los apóstoles que resucitase á la Virgen y la transportase al cielo, y Jesus accediendo á sus súplicas, ordenó á San Miguel trajese el alma de María y la reuniese á su cuerpo. Gabriel quitó la piedra de la entrada del monumento, y el Señor dijo á la Virgen: Levántate, amada mía: tú no has contraído manchas en tu cuerpo; no probarás la corrupción del sepulcro. En el instante se levantó María, adoró á Jesus, que le dió el ósculo, y luego la puso en manos de los ángeles, que la condujeron al cielo: despues de lo cual, los apóstoles fueron elevados á las nubes, y llevados á los lugares que les habían tocado para predicar el Evangelio.

Tal es el compendio del libro del falso Meliton, que he abreviado bastante, pero sin omitir ninguna circunstancia notable. El P. Combefis (1) dice que hay en la biblioteca del rey un discurso manuscrito de Juan de Tesalónica, que contiene casi las mismas cosas que acabamos de ver; y que en el mismo volumen se halla la pretendida relación de San Juan Evangelista tocante á la muerte y resurrección de

[1] Combefis, not. in Orat. Joan. Theozalen. T. II. Auctuar. Bibl. PP. p. 89.

la Virgen. No habiéndose impreso esta última obra, no podemos dar su resumen; mas por lo que luego diremos se verá que era lo mismo, ó casi lo mismo, que el discurso de Meliton que hemos compendiado.

S. Gregorio de Tours, que murió en 593, parece haber tenido á la vista lo que acabamos de leer, cuando dice (1) que despues de la ascension del Salvador, los apóstoles, que se hallaban repartidos en varias partes del mundo, habiendo venido milagrosamente á Jerusalem al tiempo de la muerte de la Virgen, y estando velando junto á ella por la noche, llegó Jesus súbitamente con sus ángeles, y tomando el alma de María, la entregó en manos del arcángel S. Miguel, y se retiró. El siguiente dia muy temprano levantaron los apóstoles el cuerpo de la Santísima Virgen con el lecho en que había entregado el espíritu, y lo llevaron á su sepulcro, junto al cual aguardaron la llegada del Señor, que llegó bien pronto; elevó el santo cuerpo á las nubes, y lo hizo llevar al paraíso, en donde, reunido á su alma, goza con los elegidos una eterna felicidad.

Beda, que murió en 735, conoció también el libro de la muerte de la Virgen: dice (2) que ha hablado de él en mas de un lugar, y prueba por la cronología, que los que lo compusieron y los que lo han adoptado, se han engañado mucho; porque este libro asienta que el segundo año despues de la ascension del Salvador, se hallaron con S. Pablo en Jerusalem los apóstoles que estaban dispersos en todo el mundo. Por otra parte consta que S. Pablo no fué agregado al colegio de los apóstoles hasta catorce años despues de la ascension (3). De donde concluye, que elucidando esta obra en este punto, debe pasar por sospechosa en todo lo demás. Esto dice el venerable Beda. Pero diciendo nuestros ejemplares de Meliton, el año *veinte y dos*, y no el segundo año despues de la ascension, su deducción es falsa, en cuanto á esto, pues en cuanto á lo demás el libro de la muerte de la Virgen tiene todos los indicios de ser supuesto.

Se que en algunas antiguas liturgias (4), como la de los Visogodos y la de los Galos, usadas antes de Carlomagno, expresamente se nota que el 18 de febrero subió al cielo el cuerpo de la Virgen: *Beatae Virginitis translatus corpus est de sepulchro*. Y tambien: *Ut que terrae non erat conscia, non teneret rupes inclusam.... Cui apostoli sacrum reddunt obsequium.... Christus amplexum, nubes vehiculum, assumptio paradisum*. Pero todo esto puede tener el mismo origen.

Hállase una pretendida carta de S. Gerónimo á Santa Paula y á Eustiquio, en la que se hace decir á este santo doctor (5), que aunque se citan ciertos escritos apócrifos acerca de la muerte de la Virgen, y que son recibidos con ansia por muchos, él está obligado á advertirles que nada cierto hay sobre este particular, sino que la Virgen murió el dia en que la Iglesia celebra su asuncion; que se enseña su sepulcro en el valle de Josafat, entre la ciudad de Jerusalem y el monte Oliveto; que hay allí una iglesia muy bien fabricada; mas que su sepulcro esta enteramente vacío. Lo que advierto, dice, porque muchos dudan si ella subió al cielo con su cuerpo, ó si lo dejó

III.

Testimonio de S. Gregorio de Tours, de Beda y de algunas liturgias antiguas que suponen el libro del falso Meliton.

IV.

Carta atribuida á S. Gerónimo y sermón atribuido á S. Agustín, tocante á la muerte y asuncion de la Virgen.

(1) Greg. Turon. l. i. c. 4. de gloria martyris. p. 724. edit. Rivinert. (2) Bedae Relat. in Act. xii. p. 30.—(3) 2 Cor. xii. 2. Galat. ii. 1.—(4) Liturg. Gal. et Gall. apud Mabill. p. 212. 213. et apud Thomas. p. 291. 292.—(5) Hieron. ecclesiastic. t. 8. p. 161. 162. epist. ad Paul. et Eust.

sobre la tierra. Se ignora por quién, cómo, y en qué tiempo se sacó su santo cuerpo del sepulcro, y el lugar á que ha sido transportado; aunque algunos creen que fué resucitado y llevado al cielo para gozar con Jesucristo de la eterna bienaventuranza.

Esto dice este autor, que ha sido de grande autoridad en la Iglesia, en la cual se leía en varias partes su epístola el día de la fiesta, ó bien en la octava de la Asuncion. El célebre Hincmar, obispo de Reims (1), hacia tanto aprecio de él, que hizo copiarlo con mucha propiedad, y guardarlo con el libro de la muerte de la Virgen en un libro que adornó de marfil y oro; y habiendo sabido que un religioso de Corbia despreciaba la autoridad de sus obras, y sostenía que no debían recibirse, le respondió aquel que en cuanto al libro de la muerte de la Virgen, se leía, aunque no para sacar pruebas de él; y que con respecto á la homilia ó carta de S. Gerónimo, no podía razonablemente dudarse que fuese suya, y verdaderamente católica, como el estilo y sentimientos lo probaban bastante, y como lo atestiguan los que la habian traído del Oriente.

Existe tambien un sermón atribuido á S. Agustin (2), y que los sabios convienen en que no es suyo, en el cual confiesa el autor, que nada hay en la Escritura, ni sobre la muerte, ni sobre la asuncion de la santísima Virgen; y que nada debe creerse de esto, sino lo que esté fundado en la verdad, sin la cual la misma autoridad es nada. Reconoce que Maria se sometió á la muerte; mas pregunta si su cuerpo se sujetó á la corrupcion y podredumbre, y se inclina á creer que fué llevado al cielo sin corrupcion; pero sin asegurarlo, no teniendo mas pruebas que de congruidad y conveniencia. Concluye que es muy creible que el Hijo de Dios, no solamente preservó de corrupcion el cuerpo de la santísima Virgen, sino que tambien lo elevó al cielo y lo colmó de gloria. Pudo hacerlo; convenia que lo hiciese; luego hay motivo de creer que lo hizo. Si alguno piensa de distinto modo, demuestre que Jesucristo no lo ha hecho, ó que no convenia que lo hiciera. Nada mas moderado y circunspecto que este discurso, aunque todos convengan en que no es de S. Agustin: lleva el nombre de Fulberto de Chartres en algunos manuscritos. S. Agustin en las obras que no se le disputan, jamas habla de la resurreccion de la Virgen, y solo habla de su muerte.

Estos dos discursos publicados bajo los nombres de S. Gerónimo y S. Agustin, habiéndose recibido en el público como de estos dos padres, y leído en las iglesias bajo sus nombres, dieron un gran crédito á la opinion de la resurreccion de la Virgen, de suerte que muchos la abrazaron, unos con duda, y sin atreverse á asegurar nada, y otros con mayor confianza y seguridad, lo que vamos á probar en el curso de esta Disertacion.

Hemos visto que en la antigua liturgia gótica, y en la galicana, está bien marcada la resurreccion de la Virgen; pero que no lo está tan claramente en la romana, ambrosiana y mosárabe. S. Gregorio el Grande en su Sacramentario (3), dice sencillamente que Dios transfirió de este mundo á la Virgen Maria, á fin de que intercediese mas con-

v.
Testimonios
de las litur-
gias y de los
martirolo-
gios.

(1) Flodoard. *hist. Rem.* lib. II. c. 5. et 23.—(2) *Apud Aug.* t. 6. *Append.* p. 256 *nov. edit.*—(3) *Greg.* t. 2. p. 122. 123. *nov. edit.*

fiadamente con el por nuestros pecados: *Quam idcirco de praesenti seculo transtulit, ut pro peccatis nostris apud te fiducialiter intercedat.* Y tambien: La santa madre de Dios ha pasado por la ley de la muerte natural, mas no ha podido ser deprimida por los lazos de la muerte: *Sancta Dei genitrix mortem subito temporalem, nec tamen mortis nebulis deprimi potuit.* Lo que á la verdad insinúa que la muerte no tuvo sobre ella el imperio que ejerce sobre los demas mortales, que mueren y se corrompen en el sepulcro; mas no dice expresamente que haya resucitado, y que esté su cuerpo en el cielo. La misma ambrosiana en el día de la Asuncion de la Virgen, nada dice que favorezca claramente su resurreccion, ni el transporte de su cuerpo al cielo.

Pueden en alguna manera ponerse los martirologios en el número de los libros litúrgicos, pues todos los días se leen en las iglesias, y contienen en pocas palabras lo que se piensa sobre cada fiesta y cada santo. Adon, que vivia un poco ántes de Usuardo, y ambo en el siglo nono, dice (1) que la Virgen murió; pero que quizá ha sucedido con su cuerpo lo que con el de Moises, que sepultó Dios para ocultarlo de los Judios. Usuardo (2) declara, que aunque no se encuentre el cuerpo de Maria, la Iglesia, como madre llena de sabiduria y piedad, quiere mas bien ignorar con discrecion el lugar en donde está el cuerpo de esta sagrada Virgen, que decir una cosa dudosa é incierta: *Quo autem veneribile illud Spiritus Sancti templum, nati et consilio divino occultatum sit, plus elegit sobrietas Ecclesiae cum pietate nescire, quam frivolum aliquid et apocryphum inde tenendo docere.* El testimonio de Usuardo es tanto mas digno de consideracion, cuanto su martirologio ha sido recibido en Roma y en la mayor parte de las iglesias latinas. Notker, monge de San-Gal, que vivia en el mismo siglo, usa de la misma sobriedad en su martirologio. Dice que cree con la Iglesia, que si el santo cuerpo de Maria está oculto en algun parage de la tierra, está allí reservado para la destruccion del Anticristo al fin del mundo.

S. Villibaldo, obispo de Aischat, que vivió por el año de 740, refiere (3) en su viage á la Tierra Santa, que habiendo llegado al valle de Josafat, al pie del monte Oliveto, al oriente de Jerusalem, vió allí el sepulcro de la santísima Virgen; mas añade, que duda si los apóstoles la sepultaron en él realmente, ó si habiendo tenido intencion de hacerlo, fué llevado su cuerpo al cielo; ó si habiéndola enterrado, fué sacada y llevada á otra parte; ó en fin, si ha resucitado y permanece inmortal; porque vale mas quedar en duda sobre todo esto, que no avanzar cosas apócrifas: tales son sus expresiones.

En otra vida del mismo S. Villibaldo, se dice (4) que llegado al valle de Josafat, vió allí el sepulcro de la Virgen, no llamándose así porque en él hubiera reposado su cuerpo, sino que este monumento se halla en aquel lugar solamente para memoria. Porque á la entrada de Jerusalem se ve una columna alta sobre la cual hay una cruz en memoria de lo que acaeció cuando los Judios quisieron llevarse el cuerpo de la santísima Virgen; pues sacándolo los once apóstoles fuera de la ciudad para enterrarlo, intentaron aquellos de-

VI.
Testimonios
de S. Villi-
baldo, de S.
Idefonso de
Toledo, de S.
Isidoro de
Sevilla, y del
monge A.
damuan.

(1) *Ado, in Martyrológ. ad. vi. id. septemb.*—(2) *Usuard, in Martyrológ. ad. 18. calend. septemb.*—(3) *Villibald, Odaeopor. apud. Caus. c. 2. edit. Basnae. p. 102. 103. 120.*—(4) *Ibid. p. 120.*

tenerlo en la puerta, y los que pusieron las manos sobre el sepulcro, quedaron como pegados y unidos á él; de manera que no pudieron desprenderse sino por la virtud de las oraciones de los apóstoles. Inmediatamente vinieron los ángeles, y se llevaron el sagrado cuerpo al paraíso. Aquí se advierte una visible alusión á la relacion del falso Meliton.

Se atribuye á S. Ildefonso de Toledo, amigo y contemporáneo de S. Gregorio Magno, y que vivía á mediados del siglo séptimo, un sermón sobre la asuncion de la Virgen, en que dice (1), que el dictámen de los que opinan por la resurreccion de la Virgen, es voluntariamente admitido por muchos de los fieles; mas añade el autor de este sermón, que por lo que á él toca no debe asegurarlo, por no avanzar cosas dudosas, en lugar de ciertas; que por lo demás no puede dudarse que la Virgen no esté reinando en el cielo con Jesucristo su Hijo. S. Isidoro de Sevilla, que vivía por el mismo tiempo, dice (2) que algunos creen que María padeció el martirio, segun esta expresion del Evangelio: *La espada traspasará tu alma*. Pero confiesa que esto es incierto, y que la Escritura nada dice, ni de su martirio, ni de su muerte, ni de su sepultura.

Adaman, monge irlandés, que viajó en la Palestina hácia el fin del séptimo siglo, dice (3) que en el valle de Josafat se conserva el sepulcro en que estuvo el cuerpo de la Virgen; pero que al presente está vacío, sin que pueda saberse ni cuándo, ni cómo ni por quién fué sacado el cuerpo, ni en qué lugar aguarda la resurreccion. Beda en su libro de los Santos Lugares, dice lo mismo.

S. Fulberto de Chartres, que murió en 1028, refiere (4) que habiendo sido sepultada en el valle de Josafat la santísima Virgen, quisieron los fieles visitar sus reliquias para tributarles el honor que les es debido: pero que nada hallaron en su sepulcro. Esto hizo creer á la piedad de los fieles que Jesucristo la habia resucitado y llevado á la altura de los cielos. Añade que S. Juan Evangelista, sepultado en Efeso, tampoco se encuentra en su sepulcro, y que solo se saca de allí una especie de maná; de donde se ha concluido que este santo obtuvo la misma suerte que la Virgen, y fué resucitado como ella.

El bienaventurado Pedro Damian, muerto hácia el año 1073, compara (5) la entrada triunfante de Jesucristo en el cielo con la asuncion de la Virgen. El habla de los cánticos y de la admiracion de los ángeles á la legada del uno y de la otra.

S. Hildeberto, obispo de Mans, que vivía en 1097, dice expresamente (6) que la santísima Virgen recibió al mismo tiempo la beatitud del alma y la gloria del cuerpo: *Animae beatitudinem, et glorificationem corporis est adepti*.

S. Anselmo, arzobispo de Cantorberi, que murió en 1109, no es igualmente claro: se sirve de las palabras de la liturgia latina, que dicen que la Virgen no fué deprimida por las ataduras de la muerte: *Mortem subivisti, sed mortis nexibus deprimi non potuisti; quia tu sola genuisti eum qui erat mors mortis et morsus inferni* (7).

(1) Ildefons. Tolet. serm. 6. de Assumpt. — (2) Isidor. Hispal. de vita et snort. SS. t. 2. p. 364. — (3) Adama. itiner. secul. 3. Bened. part. 2. l. i. c. 9. De locis sanctis, p. 102. — (4) Fulbert. Carnot. sermo. 2. de Nativit. B. M. V. — (5) Petr. Damian. l. 2. pag. 91. 92. — (6) Hildebert. Cenoman. serm. in festo Assumpt. — (7) Anselm. Cantuar. serm. in Assumpt. B. M. V.

Pedro Abelardo saca de las mismas palabras la prueba de la resurreccion de María. El Hijo de Dios, dice, ha querido (1) honrar el triunfo de su madre mas que su propio triunfo, queriendo hallarse él mismo en él con toda la corte celestial, y conducir á María al paraíso: sacó luego su cuerpo de la tumba y lo transportó secretamente al paraíso, de donde lo hizo pasar al cielo para reunirlo á su alma bienaventurada. Apoya todo esto en la relacion de S. Gregorio de Tours de que hemos hablado, y cuyas palabras refiere, y tambien en las oraciones de la Iglesia que dejamos referidas; concluyendo de aquí que fué resucitada. Por aquí se ve que este autor distingue el paraíso de el cielo, segun lo hacen tambien los Orientales, como se verá adelante.

S. Bernardo, abad de Clairvaux, contemporáneo de Abelardo, se expresa en estos términos en un sermón sobre la asuncion de la Virgen (2): «Si el alma de S. Juan Bautista, encerrado todavía en el seno de su madre, se estremeció de placer oyendo solamente la voz de María, ¿cuál debió ser el gozo de los espiritus celestes, cuando tuvieron la dicha de oír su voz, de ver su rostro, de gozar de su bienaventurada presencia!» Y luego añade: «Nuestra tierra ha enviado su presente al cielo, para que con el trueque de lo que se ha dado y de lo que se ha recibido, se unan mas perfectamente las cosas divinas y las humanas. El fruto sublime de la tierra subió al cielo, para que los dones mas perfectos bajasen sobre nosotros. Y como el Hijo de Dios no halló en la tierra lugar mas digno de él que el seno de María, nada hay el día de hoy que darle en el cielo mas elevado, que el real trono en que la tiene colocada.»

El beato Guerin, abad de Isigni, discípulo de S. Bernardo, habla (3) de la muerte de la santísima Virgen y de su sepulcro, que se ve en el valle de Josafat, y dice sencillamente que el Hijo de Dios le preparó un trono á su derecha.

Felipe, abad de la abadía de Buena-Esperanza, de la orden Premostratense, contemporáneo de S. Bernardo, dice expresamente que la Virgen está en el cielo con su Hijo, no solo en cuanto al espíritu, lo que nadie duda, sino tambien en cuanto al cuerpo, lo que no es increíble en manera alguna; porque, añade, aunque la Escritura canónica nada dice, sin embargo la piadosa fe de los fieles lo cree así, fundada en pruebas verisímiles, y nuestro padre S. Agustín asegura que podemos creerlo. Esto dice este piadoso abad que tenia por auténtica la homilía que dejamos citada bajo el nombre de S. Agustín.

Pedro de Blois, arceidiano de Winchester, manifiesta (4) estar persuadido de que la santísima Virgen está con su cuerpo en el cielo, y que Jesucristo no creía ser completa la gloria de su resurreccion en tanto que el cuerpo de su santísima madre, que había dado la materia al suyo en la Encarnacion, permaneciese sobre la tierra. En otra parte dice que el Hijo de Dios, que conservó al nacer el sello de la virginidad de su madre, no habrá dejado de preservar el mismo cuerpo de toda corrupcion y podredumbre.

VIII.
Testimonios de S. Bernardo, de B. Guerin, de S. Isigni, de Felipe, abad de Buena Esperanza, y de Pedro de Blois.

(1) Petr. Abailard. serm. in Assumpt. pag. 910. 911. — (2) S. Bern. serm. 1. in Assumpt. B. M. p. 995. — (3) Guerin, serm. de Assumpt. l. 2. Oper. D. Bernard. pag. 1051. — (4) Philip. ab Bonae Spei. p. 285. in Cantic. — (5) Petr. Bles. serm. in Assumpt. pt. B. Mariae, pag. 327. 329.

IX. Guibert, sabio abad de Nogent en el siglo doce, admira (1) la prudente circunspeccion de la Iglesia, que no se ha determinado á asegurar que el cuerpo de la santísima Virgen haya resucitado, porque no tiene una prueba cierta de ello. El confiesa que este sagrado cuerpo ha sido preservado de corrupcion y podredumbre; mas no dice que haya sido resucitado, y esté glorioso en el cielo.

Hugo de S. Victor dice expresamente (2), que se cree que la santísima Virgen está en el cielo con su cuerpo. Aunque S. Gerónimo no habla de esto, sino como de una opinion, dice Hugo, no por eso lo niega: *Cum corpore suo, quantum credimus, in caelo vivit, licet enim beatus Hieronymus hic opiniones ponat, non tamen factum abnuil, sed rationis astutiae tota fidei nostrae colla submisit.*

Ni Ricardo de S. Victor, ni Guillermo, obispo de Paris, hablan expresamente en esta materia. Rodrigo, arzobispo de Toledo, hablando en Roma en medio de los prelados reunidos para el cuarto concilio Lateranense, hace mencion de la asuncion corporal de la santísima Virgen, como de una creencia recibida. Alberto Magno creia la resurreccion de la Virgen; pero se objetaba (3) á sí mismo el testimonio de S. Gerónimo en la carta que hemos referido, y en donde se ve que este santo dudaba: á esto responde que S. Gerónimo hablaba como intérprete de la Escritura, en la que no hallaba que la Virgen hubiese resucitado y subido al cielo; al paso que S. Agustin, cuya autoridad no es menor que la de aquel santo, lo asegura como una consecuencia del texto sagrado, no habiendo en ello nada que sea contrario ni á la autoridad, ni á la razon.

Santo Tomas (4) y S. Buenaventura (5) adoptaron el mismo dictámen; mas declarando que no lo hacen, sino sobre la autoridad de S. Gerónimo y de S. Agustin, teniendo las obras, que de ambos santos hemos referido, por auténticas y escritas por los padres cuyos nombres llevan.

Dionisio el cartujo (6) cree firmemente la resurreccion de la Virgen, citando para esta opinion á Honorio el hermitaño, que él dice haber compuesto doce libros de las alabanzas de la Virgen, dirigidos á un tal Cosme, que vivia, segun él cree, poco despues de los apóstoles. Nosotros conocemos á un poeta llamado Cosme, impreso en la biblioteca de los Padres; mas no se ve que hable ni del sepulcro, ni de la resurreccion de la Virgen. Cosme Indopleustes, impreso por las diligencias del R. P. Montfaucon, tampoco dice nada; y estos dos Cosmes son muy posteriores al siglo de los apóstoles.

El mismo Dionisio cita igualmente á una religiosa, llamada Elisabeth de Schonau, en la diócesis de Treves, muerta en 1165, la cual escribió sus revelaciones, y en ellas asegura que la santísima Virgen resucitó el cuarto dia despues de su muerte. El doctor Belet, que vivia en aquel tiempo, no admitió esta vision, y sostuvo que no estaba aprobada en la Iglesia romana. Podria citarse un crecido número de autores mas modernos (7) de los cuales, unos hablan con duda de la resurreccion de la Virgen, y otros la sostienen.

(1) Guibert. *abb. Novig. lib. 1. de pignoris. SS. t. 4.*—(2) Hugo. *Victor. Erudition. theolog. ori. 125. p. 272.*—(3) Albert. *apud Dionys. Corinth.*—(4) D. Thom. *part. 3. quaest. 27. c. 1. quaest. 83. 5. ad 8.*—(5) D. Bonavent. *t. 6. p. 449. specul. B. M. V.*—(6) Dionys. *Carth. de iustis. B. M. V. fol. 313.*—(7) Theophil. *Rainold.*

X. El papa Pascual II, hacia el año 820, hizo representar en un bordado la resurreccion de la Virgen, y la conduccion de su cuerpo al cielo (1). El papa Alejandro III, electo en 1150 en la instruccion que envió al soldan de Cogni, que se decia querer abrazar la religion cristiana (2), le dice, entre otras cosas, que la santísima Virgen concibió sin violar el sello de su virginidad, que parió sin dolor, y que murió sin experimentar corrupcion, para que la carne virginal de Jesucristo, que tomó su cuerpo de Maria, no fuese separada de la masa de donde habia salido: *Ne cara Christi virginea, quas de carne Virginis assumpta fuerat, a tota discreparet.*

Terminarémos esta cadena de la tradicion de la iglesia latina con las siguientes palabras del Breviario romano, impreso en Leon por orden del cardenal Francisco Quignoni, en 1556, y dedicado al papa Paulo III; se lee en este Breviario, el dia de la octava de la Asuncion de la Virgen, estas palabras sacadas de la pretendida carta de S. Gerónimo á Paula y á Eustoquio: *Quia multi nostrorum dubitant utrum Maria assumpta fuerit simul cum corpore. Quomodo autem, vel quo tempore, aut a quibus personis sanctissimum corpus ejus inde ablatum fuerit, vel ubi transpositum, utrumve resurrexerit, nescitur; quavis nonnulli astruere velint eam jam resuscitatam, et beata cum Christo immortalitate in caelestibus vestiri.*

Artículo II. Tradicion de la iglesia griega, y particularmente de la iglesia de Jerusalem sobre la muerte y asuncion de la Virgen.

(1) La creencia de la resurreccion de la santísima Virgen se recibió entre los Griegos desde mas temprano, y mas constantemente que en la iglesia latina. El monumento mas antiguo que se halla sobre la muerte y resurreccion de Maria, es una obra que se encuentra manuscrita en griego en algunas bibliotecas (3), y se ha querido atribuir á S. Juan Evangelista. Se ignora el tiempo en que se compuso esta obra; los antiguos padres griegos no la conocieron; mas hay grande apariencia de que poco mas ó ménos es la misma que la que tenemos bajo el nombre del falso Meliton, y de la que hemos dado un largo extracto.

Este libro intitulado: *Tránsito de la Virgen*, era muy poco conocido todavia en el siglo séptimo, pues Andres de Creta (4) observa que los antiguos nada han escrito de la muerte de la Virgen; solamente cita el pasaje de S. Dionisio Areopagita, que vamos á referir, y que no habla de la resurreccion de la Virgen. En otra parte manifiesta no estar muy seguro de si la Virgen ha resucitado, ó si solo ha transportado Dios su cuerpo á algun lugar desconocido á los hombres (5), como el de Moises: por donde se ve que no conocia la obra del falso Meliton ni la del *Tránsito de la Virgen*.

S. Epifanio (6) que vivia en el siglo sexto, y es el mas sabio en-

*diptycha Moriano, t. 7. Joli, epist. ad Cardin. an. 1669. Combef. auctur. 3. pag. 485. t. a. Natal. Alex. Hist. eccl. N. T. Tillemont. Hist. de la Iglesia. t. 1. vol. 14. y 15. Baillet. Vida de los SS. 15 de agosto. Fronton (1) Calend. p. 121. (2) Concil. t. ii. p. 1218. (3) Fabric. apocryp. N. T. part. 3. p. 533. (4) Andr. Creten. *ori. 1. in dormit. B. M. V. p. 123. 124.*—(5) Auctur. 1. Combefis, p. 485. t. a. (6) Epiph. *haeres 78.**

X. Testimonios de los papas Pascual II, y Alejandro III, y cita del breviario romano.

I. Libro apócrifo del tránsito de la Virgen.

II.
Testimonios
de S. Epifa-
nio, del fal-
so S. Dionisio
Areopaga-
gia, y de
Modesto, ar-
zobispo de
Jerusalén.

tre los griegos que hacen mencion de la muerte de María, no dice mas que lo que hemos visto; ni se halla en toda su relacion el menor vestigio de lo que se refiere en las dos obras apócrifas que dejamos mencionadas.

El falso S. Dionisio Areopagita (1) que escribió á fines del siglo quinto, dice que se halló con los apóstoles S. Pedro y Santiago, y otras muchas personas santas que habian acudido á Jerusalem de todo el mundo, y que con su amigo Jeroteo asistió junto al sagrado cuerpo de la Virgen, á la que esforzándose cada uno en dar alabanzas, se distinguió despues de los apóstoles el expresado Jeroteo: no habla pues de la muerte, ni de la sepultura de la Virgen, ni de algun milagro acaecido en aquella ocasion.

Modesto, arzobispo de Jerusalem (2), predecesor inmediato de S. Sofronio, que vivia en el siglo séptimo, es tal vez el primero de los Griegos que haya compuesto un discurso en honor de la asuncion de la Virgen, y haya ensenado su resurreccion y transporte al cielo.

Andres de Creta (3) que floreció despues de Modesto en el séptimo y octavo siglo, dice que la santísima Virgen vivia en Jerusalem sobre el monte Sion: que allí se enseñaba su casa, convertida en una iglesia, en donde se veian vestigios de sus rodillas en el sitio en que hacia oracion: que allí murió en presencia de los apóstoles, de los setenta discípulos, y de otros muchos santos: que los ángeles asistieron igualmente (4); y que la alma de María descendió á los infiernos como la de Jesucristo y las de los otros santos (5). (No era esto para sufrir allí ni para quedar detenida; mas muchos antiguos padres (6) creyeron que todos los hombres, aun los mas santos, pasaban por aquellas llamas). Andres de Creta continúa, y dice que el cuerpo de María fué conducido por los apóstoles atravesando la ciudad de Jerusalem, y cantando sus alabanzas (7): que se depositó en su sepulcro en el valle de Getsemani: que no tuvo corrupcion: que resucitó y subió al cielo (8): que el sepulcro de María es honrado por el concurso de los pueblos, y que en él se notan los vestigios de su cuerpo impresos en la piedra, no por la mano de los hombres, sino de un modo milagroso: que al resucitar dejó en su sepulcro los hénzos en que su cuerpo estaba envuelto: que se oye allí desde aquel tiempo uno como murmullo (9); y que el cuerpo de María tenia de alto tres codos, ó cuatro pies y medio (10). Observan los viajeros que se baja á este sepulcro por cuarenta y ocho ó cincuenta escalones; y esto puede servir para explicar el murmullo que allí se oye (11).

S. German, arzobispo de Constantinopla (12), muerto en 730, supone que la Virgen pasó por la ley de la muerte, mas que no padeció corrupcion; que su cuerpo fué llevado al cielo por ministerio de los ángeles: que los apóstoles fueron milagrosamente transportados á Jerusa-

(1) Dionys. areopagite, de divinis nominib. c. 3.—(2) Apud P. Le Quien not. in Joan. Damasc. t. 2. p. 857.—(3) Andr. Cretens. orat. in dormit. B. M.—(4) Idem, orat. 2. p. 132.—(5) Idem, orat. 1. c. p. 143.—(6) Ambros. serm. 20. in psalm. civit. Hilari, in eund. psalm. pag. 261. Eucher. homil. 3. Epiphani. vide Constant. notas in hunc eiat. Hilarii.—(7) Andr. Cret. orat. 1. p. 118. et 126.—(8) Idem, orat. 1. c. p. 151. et orat. 1. p. 121.—(9) Idem, orat. 1. pag. 126.—(10) Orat. 1. pag. 122.—(11) Orat. 3. pag. 144.—(12) German. Constantinop. orat. in dormit. Deiparæ, p. 1480. et 1483.

len sobre nubes, como en otro tiempo el profeta Habacuc, para asistir á la muerte y funerales de la santísima Virgen.

Hipólito de Tébas (1) que vivia hacia el siglo décimo, dice que S. Juan Evangelista tuvo cuidado de la Virgen despues de la muerte del Salvador, manteniéndola en su casa hasta su gloriosa resurreccion.

S. Juan de Damasco (2) nos declara muchas particularidades sobre la muerte y resurreccion de la santísima Virgen. En su discurso observamos, primeramente que se reunian por la noche en las iglesias, y en ellas se hacia un sermón para honrar la hora de la muerte de María; y esto tambien se advierte en los demas autores Griegos. El supone que la Virgen murió en Jerusalem en el monte Sion, donde ella habitaba de ordinario: que fué enterrada en el valle de Getsemani: que resucitó: que los apóstoles (3) y una infinidad de personas santas se hallaron en sus exequias: que los ángeles, los patriarcas y profetas asistieron igualmente: que el cuerpo de María, que era de tres codos, se depositó en el sepulcro: que los ángeles reverencian aquel lugar: que los fieles lo frecuentan con devocion, lo riegan con sus lágrimas, y que Dios obra en él muchos milagros.

En su segundo discurso sobre el mismo asunto, dice que despues de la muerte de la santísima Virgen, se lavó su cuerpo, se encendieron lámparas, y se quemaron perfumes: que los apóstoles, por inspiracion de Dios, entonaron cánticos en honor de la Virgen: que los ángeles, cubriendo el féretro con sus alas, acompañaron el entierro: que el cuerpo se puso en el sepulcro en el punto las manos, que se quedaron allí pegadas; mas que habiéndose convertido y pedido perdon, le fueron restituidas. Añade el Santo (4), que la Virgen resucitó al tercero dia, y que en la historia Eutimiaca se lee, que la emperatriz Pulqueria, y el emperador Marciano, poco tiempo despues del concilio de Calcedonia tenido en 451, habiendo edificado una iglesia en honor de la Virgen, en el sitio llamado Blaquerones en Constantinopla, y deseando tener reliquias de la santísima Señora, se dirigieron á Juvenal, obispo de Jerusalem, y á los demas prelados de la Palestina, que, como Juvenal, habian asistido al concilio de Calcedonia, y estaban todavía en Constantinopla, diciéndoles, que noticiosos de que el cuerpo de la santísima Virgen descansaba en su sepulcro en Getsemani, deseaban que fuese transportado á Constantinopla para que se colocase en la nueva iglesia que acababan de edificar.

Juvenal les respondió, que aunque la santa Escritura nada nos dice de la muerte de la Virgen, se sabia sin embargo por una tradicion ciertísima, que al tiempo de la muerte de la Virgen, todos los apóstoles que estaban esparcidos en diversas partes del mundo, fueron elevados en el aire y llevados en un momento á Jerusalem, en donde por voz de los ángeles supieron la muerte de María: que su cuerpo acompañado de la melodia de los mismos ángeles, y de los apóstoles, fué conducido y sepultado en Getsemani, y que por espacio de tres dias no ce-

(1) Apud Denis. t. 2. p. 28. edit. Baanage.—(2) Joan. Damasc. t. 2. pag. 857. et seqq. orat. 1. in dormit. B. M. V. edit. Mich. Le Quien.—(3) Orat. 1. p. 864. orat. 2. p. 372.—(4) Idem, Orat. 2. p. 879. Vide Mich. Le Quien, notas in hunc locum.

IV.
Testimonios
de S. Juan
Damasco,
del autor de
la historia
Eutimiaca y
de Juvenal,
arzobispo de
Jerusalén.

só el canto de los ángeles. Santo Tomas no llegó hasta los tres días. Entonces, queriendo los apóstoles tributar sus respetos al sagrado cuerpo, abrieron el sepulcro, y no habiendo hallado en él mas que los lienzos con que habia estado envuelto, volvieron á cerrar cuidadosamente el sepulcro, que exhalaba un olor admirable. Ellos no pudieron inferir otra cosa sino que Dios habia resucitado á la santísima Virgen.

Hallábanse entonces con los apóstoles Timoteo, primer obispo de Efeso, y S. Dionisio Areopagita, que habian ido á ver el cuerpo que habia dado el principio á la vida, y habia recibido á Dios en su seno; ellos comenzaron á entonar cánticos luego que vieron el venerable cuerpo. S. Juan de Damasco, despues de haber referido á la larga el pasaje del pretendido S. Dionisio Areopagita, y el de la historia *Eutimiaca*, añade, que el emperador Marciano y la emperatriz Pulqueria, habiendo oido á Juvenal, le ordenaron que les enviase bien sellado el sepulcro, y los lienzos que en él se habian encontrado. Juvenal obedeció, y todo se llevó á la iglesia de Blaquernes,

No se acuerda todo esto con lo que refieren Andres de Creta y los viajeros, de que el sepulcro de la Virgen se ve todavia en el valle de Josafat: que en tiempo del primero se observaba la figura del cuerpo de Maria; y que mucho tiempo despues de Juvenal de Jerusalem, se obraban allí muchos milagros. Y si lo que se atribuye á Juvenal de la tradicion muy cierta de la resurreccion de la Virgen, se hubiese reconocido cómo lo habrian ignorado Marciano y Pulqueria! La historia *Eutimiaca* citada por S. Juan Damasceno, no es conocida ni de los antiguos, ni de los modernos. La obra del falso Dionisio Areopagita que allí se cita, parece que se ignoraba en tiempo del concilio de Calcedonia por los años de 451. La historia de la traslacion del sepulcro de la Virgen, no es conocida de persona alguna antes de S. Juan de Damasco, que vivió mucho tiempo despues (1).

Ademas ni S. Epifanio, que era de Palestina, ni S. Gerónimo, que tanto tiempo vivió en las cercanias de Jerusalem, y que nos ha dado el viage á los santos lugares por santa Paula, tan detallado y circunstanciado, ni Eusebio de Cesarea, que escribió expresamente de los lugares de la Palestina, hablan del sepulcro de la Virgen en Getsemani. No se hace mencion acerca de esto ántes del quinto y sexto siglo, y siempre despues del tiempo de Juvenal de Jerusalem, cuya sinceridad es sospechosa, como se lo ha echado en cara por S. Leon (2), que tambien lo acusa de haber falsificado cartas, con el objeto de engrandecer las prerogativas de su Iglesia. Tampoco se halla en los autores que han hablado de Blaquernes, que el sepulcro de la Virgen, ni los lienzos en que fué envuelta, se encontrasen allí; ni el sepulcro de Maria fué nunca mas frecuentado, ni mas reverenciado en Jerusalem, que despues de Juvenal. Todas estas circunstancias hacen muy dudosa la relacion de S. Juan Damasceno, que pudo haber sido engañado de falsas memorias, y de una historia falsa intitulada: *Eutimiaca*,

(1) Mich. Le Quien, *Dissert. de Dionys. Areopag. t. 1. Joan. Damas. fol. xxxv. verso*.—(2) *Leo Magn. epist. 92. alias 62. Véase Tillemont, nota 13. sobre la Virgen, p. 492. 497. Baillet, Vida de los Santos, 13. de agosto, art. 15 y 20. y Queneel, not. in Leon epist. 92.*

Nicéforo Calisto, que vivía en el siglo decimo cuarto, hablando de la muerte de la Virgen, dice que habiendo llegado esta Señora a la edad de 59 años, le anunció Jesucristo por medio de un ángel que en breve debia pasar á mejor vida: inmediatamente se preparó ella á este dichoso tránsito, aseando su casa, encendiendo lámparas y convidando á sus parientes cercanos á que fuesen á verla. S. Juan Evangelista acudió juntamente con las personas mas calificadas de Jerusalem. La Virgen ordenó que se diesen sus dos túnicas á dos viudas que le habian sido siempre muy adictas. El Hijo de Dios con una tropa innumerable de ángeles bajó á la casa á recibir su alma: un trueno extraordinario atrajo allí á los discipulos: Maria les dijo el último adios, se recostó sobre su lecho, y entregó tranquilamente el espíritu. Despues de estas palabras, cita Nicéforo el pasaje de S. Dionisio Areopagita, y refiere á continuacion el órden del entierro de la Virgen. Los apóstoles iban cargando el lecho en que estaba el cuerpo, y los otros acompañaban con luces. Habiendo un insolente judío alargado las manos para detener el féretro, se le arrancaron estas desde el codo; mas habiéndose arrepentido y pedido perdon, se las restituyó S. Pedro y las reunió á lo demas de los brazos. En seguida refiere que el cuerpo de Maria se colocó en el sepulcro en Getsemani: que resucitó; y que Juvenal de Jerusalem, á ruegos de Marciano y de Pulqueria, hizo trasladar á Constantinopla el sepulcro y los lienzos que habian servido para envolver á la santísima Virgen, segun lo hemos visto en la relacion de S. Juan Damasceno.

He aquí una tradicion bastante seguida para probar que la Virgen murió en la ciudad de Jerusalem: que se enterró en Getsemani cerca de la ciudad: que resucitó y subió al cielo; creyéndose tambien que su sepulcro fué llevado á Constantinopla, aunque al mismo tiempo se manifestase en Getsemani á los peregrinos en el valle de Josafat. Los Armenios (1), los Moscovitas, que celebran su coronacion el primero de octubre (2), y todos los que siguen el rito griego, creen la traslacion del cuerpo de la Virgen al cielo, y su sepultura en Getsemani. Seria de desear que los monumentos referidos, sobre los cuales se apoya esta tradicion, estuviesen revestidos de mayor autoridad.

ARTICULO III. Tradicion de la iglesia de Efeso, en cuanto á la muerte y sepultura de la Virgen.

Lo que acabamos de ver acerca de la sepultura y resurreccion de la santísima Virgen, no era conocido todavia de los padres del concilio general de Efeso, tenido en 431, si es verdad que creyeron que la Virgen habia muerto y tenia su sepulcro en esta ciudad. Los obispos de esta asamblea escribieron al clero y al pueblo de Constantinopla (3) que *Nestorio habia sido condenado en Efeso en donde Juan el Teólogo y la santísima Virgen Maria, madre de Dios....* No acabaron la frase; pero algunos autores creen que quisieron decir, que la Virgen reposaba allí, como tambien S.

(1) *Concil. Arm. an. 1343. t. viii. Veter. Script. Marten. p. 351*.—(2) *Ephem. rid. Moss. t. 1. maii, Boll. prelatina*.—(3) *Concil. Ephes. an. 431. t. iii. Concil. p. 573. a.*

V.
Testimonio
de Nicéforo
Calisto.

VI.
Fundame-
to de la tra-
dicion de la
Iglesia grie-
ga y en par-
ticular de la
de Jerusa-
len, sobre la
muerte, se-
pultura y as-
suncion de
la Virgen.

I.
Testimonio
de los PP.
del concilio
general de
Efeso, res-
pecto de S.
Juan y la
Virgen, de
que se pretén
de concluir

que la Virgen se enterró en Efezo.

Juan Evangelista, cuyo sepulcro se ha enseñado siempre en Efezo. Así es como muchos sabios han entendido este pasaje; y algunos autores Siros (1) dijeron tambien que la santísima Virgen estaba enterrada allí mismo. Otros suplen este pasaje de esta suerte: Nestorio fué condenado en Efezo, donde Juan el teologo y la santísima Virgen Maria, madre de Dios, habitaron y tienen su iglesia, y en donde son honrados con un culto particular.

Es verdad que el dictámen que pretende que la Virgen esté sepultada en Efezo, es visiblemente contrario á quanto hemos referido de la tradicion de la iglesia griega, y particularmente de la de Jerusalem; y es menester confesar que ha hecho pocos progresos en la iglesia de Oriente y de Occidente, mientras la opinion contraria, que pone el sepulcro de la Virgen en Getsemani, ha sido casi universalmente recibida. Mas nos abstenemos de toda reflexion acerca de esto, dejando al lector juicioso é ilustrado que forme la que le parezca.

ARTÍCULO IV. Tradicion de las iglesias orientales, siríaca, egipcia &c. sobre la muerte y resurreccion de la santísima Virgen.

I.
Testimonio de algunos autores orientales, sobre la muerte y asuncion de la Virgen.

Aunque los Nestorianos no dan á la santísima Virgen la cualidad de madre de Dios, sino solamente la de madre de Cristo, no dejan de tener por ella una grandísima veneracion (2). Aun se les acusa de haberse excedido en el culto que le han tributado, ofreciendo en honor suyo un pan que distribuyen en forma de comunión, diciendo que es el cuerpo de la santísima Virgen (3); mas esto es sin duda mera calumnia.

Estos pueblos conocieron el libro del Tránsito de la Virgen (4), de que hemos hablado, y llevan que ella fué trasportada en cuerpo y alma al paraiso, que ellos distinguen del cielo, y colocan encima de los aires. He aquí como se explica Abedjesu, autor siro (5). Despues de la muerte del Salvador, recogió S. Juan Evangelista en su casa á la santísima Virgen, y la sirvió como si fuese su madre. Maria vivió todavía doce años despues de la ascension de Jesucristo. Segun unos, vivió cuarenta y nueve años; y segun otros, sesenta y uno. Habiendo muerto, no se puso su cuerpo en el sepulcro, sino que los ángeles la trasladaron al paraiso (terrestre, en donde los Orientales colocan las almas de los santos (terrestre, en donde los Orientales colocan las almas de los santos mientras llega la resurreccion general). Formaron los ángeles su entierro, y llevaron su cuerpo. Los apóstoles habian venido á verla ántes de que muriese. Santo Tomas, que estaba en la India, fué tambien llevado por un ángel á aquella ciudad; y viendo que los ángeles llevaban en las nubes el cuerpo de Maria sobre el lecho en que habia espirado, deseó verla. Bajáronla los ángeles, el santo oró, y Maria le echó su bendicion. Éste es el sentir mas generalizado entre los Orientales.

Sin embargo, Gregorio Bar-hebreo, autor nestoriano, dice (6), que la Virgen siguió á S. Juan Evangelista á su destierro en la

[1] Apud Assemani, t. II. part. 1. p. 318.—[2] Renaudot, Liturg. orient. t. I. p. 256. 257.—[3] Assemani, t. II. part. 1. p. 608.—[4] Idem, t. II. part. 1. p. 287.—[5] Ibid. t. II. part. 1. p. 317. 318.—[6] Ibid.

isla de Pátmos, que á su vuelta á Efezo murió allí, y que S. Juan la enterró en un lugar desconocido á los hombres. Otro escritor de la misma secta, llamado Jesu-Jasub de Nínive (1), dice que si Maria hubiera sido madre de Dios como quieren los católicos, la habria trasportado Jesucristo al cielo cuando subió á él, y no la habria dejado aun diez y nueve años sobre la tierra.

En fin, otro nestoriano llamado Simeon, dice (2) que S. Juan Crisostomo obtuvo de Dios la resurreccion de la santísima Virgen y la de S. Juan Evangelista. Todo esto prueba que aquellos pueblos, aunque separados de la comunión de la Iglesia romana, y aun de la Iglesia griega ha tantos siglos, han conservado no obstante la tradicion concerniente á la muerte de la Virgen y su translacion fuera de este mundo, bien que con alguna diversidad de opiniones, á proporcion que las hemos visto entre las iglesias griega y latina.

Un autor árabe, llamado Ebu-Batrik, refiere (3) que Teodosio el Grande edificó una iglesia en Getsemani sobre el sepulcro de la Virgen, y que Corroes, rey de Persia, habiendo tomado á Jerusalem, la hizo destruir sin que se volviese á reedificar, y que aun permanecia sepultada bajo sus ruinas el año de 318 de la egría; es decir, que permaneció demolida desde cerca del año 620, hasta el 940. ¿Cómo conciliar esto con lo que cuentan nuestros viajeros, y con lo que hemos referido de Juvenal de Jerusalem?

Otra dificultad mucho mas considerable, es que los mismos Orientales, Siros, Maronitas, Etiopes y Alejandrinos, hacen ordinariamente memoria de la santísima Virgen, y de otros santos confesores en el Memento de los difuntos. A veces imploran la intercesion de la Virgen para con Dios; pero en ciertas liturgias ruegan por su descanso, lo mismo que por el de las otras almas. Puede verse en particular la liturgia de los Siros, impresa por el abate Renaudot (4), y la de los Armenios publicada por el P. Lebrun, tomo III.

El cardenal Bona, hablando de la liturgia española, ó de los Mosárabes, en la que se hallan algunos santos reconocidos, como S. Hilario, S. Martin y S. Atanasio, con otras personas no canonizadas, en el Memento de los difuntos, en que se ruega por el reposo de sus almas, cree (5) que el uso de nombrar á los santos confesores entre otras personas difuntas, mas, de una santidad ménos conocida, viene sin duda de que no se tributaban honores públicos, sino á los santos mártires; y cuando se comenzó á honrar de ese modo solemne á los santos confesores, no se juzgó á propósito cambiar las antiguas fórmulas de las oraciones, ni quitar á los santos doctores de las dísticas en que ántes se nombraban. En efecto, se ven en algunas antiguas dísticas que han llegado hasta nosotros, los nombres de muchos santos confesores juntos con los de otros que no se han reconocido por santos.

Mas creible parece que el uso de hacer memoria de la santísima Virgen y de algunos otros santos en el Memento de los difuntos, viene de la creencia de los Orientales, de que los santos

[1] Assemani, p. 318.—[2] Ibid. p. 562. 563.—[3] D' Herbelot, Bibl. orient. p. 584.—[4] Renaudot, Liturg. orient. t. I. p. 18. 54. 73. 112. 149. 528. Perpetuidad de la fe, y Liturg. orient.—[5] Bona de Reb. Liturg. l. I. c. II. et. I. n. c. 14.

II.
Observaciones sobre el uso de algunas iglesias orientales que hacen memoria de la Virgen en el Memento de los difuntos.

esperan el último día de la resurreccion final en el paraíso, que es un lugar de delicias que se halla en el aire (1); empero que su felicidad no será perfecta hasta despues de la resurreccion, siendo entónces recibidos en el cielo en donde gozarán de la eterna bienaventuranza, sin mezcla alguna de inquietud, y sin tener ya necesidad de que la Iglesia pida por su perfecto descanso.

Aun en la iglesia latina se ha rogado á veces por el alma de los santos cuya fiesta se celebraba, como por ejemplo, en la oracion secreta de la misa del papa S. Leon, el 28 de junio, donde se lee: *Annue nobis, Domine, ut animae famuli tui Leonis haec prosit oblatio*: Concédenos, Señor, que esta oblation aproveche al alma de tu siervo Leon. Y aun el día de hoy se lee una secreta semejante en la segunda misa del comun de confesor pontífice en el misal romano. El papa Inocencio III, consultado acerca de esto, responde (2) que aquella antigua fórmula se ha cambiado en esta: *Annue nobis, Domine, ut intercessione beati Leonis, haec nobis prosit oblatio*; pero que no sabe cómo ni por quién se ha hecho esta mudanza: que se puede creer que por la fórmula primera se quiso pedir á Dios que el santo fuese cada día mas honrado en la tierra, ó que su felicidad se aumentase mas y mas en el cielo; pues que hay doctores que sostienen que no es cosa indigna creer que los santos crecen en gloria en el cielo hasta el día del juicio. Añade que entre los difuntos, unos son muy buenos, otros muy malos; unos simplemente buenos, y otros simplemente malos: que las oraciones hechas por los muy buenos, son acciones de gracias; las que se hacen por los muy malos, son para consuelo de los vivos: que las que se ofrecen á Dios por los puramente buenos, pueden servir para expiacion de sus faltas; y las que se ofrecen por los puramente malos, son oraciones de propiciacion para mejorar por ellos la misericordia de Dios: lo que está sacado de S. Agustin. El santo papa deja la decision de esta materia á la discrecion del prelado á quien escribe.

Volviendo á la santísima Virgen, no es creible que los que así ruegan por el descanso de su alma, la crean en el cielo en cuerpo y alma, gozando de gloria infinita, á la que nada se puede añadir. Ellos suponen sin duda que está en cuerpo y alma con los otros santos, con los patriarcas, con los profetas, con los mártires y confesores, en el paraíso terrestre, esperando con cierta especie de impaciencia el juicio final, y la resurreccion que pondrá el colmo á su reposo, gloria y felicidad.

[1] *Asseriani*, tom. II. part. 1. p. 310. 312.—[2] *Vide*. l. v. ep. 121. *Innocent. 103* p. 672. *Vide not. in Sacram. S. Gregor.* p. 404. *nov. edit.*

DISERTACION

SOBRE

EL JUDÍO ERRANTE.

SABER dudar con prudencia, y saber distinguir lo falso de lo verdadero, es el primer paso á la solida ciencia. El sabio no se contenta con estudiar lo verdadero y lo cierto; se aplica además á hacer conocer lo falso, á estudiar los errores del espíritu humano, y á reflexionar sobre los extravíos de los hombres. Me he aplicado, dice Salomon (1), á conocer la sabiduría y la doctrina, los errores y las locuras de los mortales: *Dedi cor meum ut scirem prudentiam atque doctrinam, erroresque et stultitiam*. Es haber hecho ya un gran progreso en los estudios, el desconfiar de las propias luces, y el estar persuadido que hay una infinidad de cosas que son superiores á nuestro alcance, y que aun aquellas que mejor creemos conocer, están por lo comun envueltas entre grandes incertidumbres y profundas tinieblas.

Poco favorable introduccion es, para la materia de que aquí se trata, el decir que el asunto es no solamente dudoso é incierto, sino absolutamente falso y fabuloso; y esto sin embargo nos vemos obligados á confesar al tratar del judío errante. Reconocemos que aunque él haya pasado á ser proverbio, y que todos hablen de él, cada uno á su modo, su existencia, á pesar de esto, debe ponerse entre aquellas cosas que ningun fundamento tienen en la historia. No parece que la antigüedad haya conocido á este pretendido viajero infatigable, que diez y ocho siglos ha, recorre todas las partes del mundo, anunciando á Jesucristo como Mesias, y reportando en donde quiera la pena de su inselencia y falta de respeto hácia el Salvador.

Confesamos con todo, que la tradicion es bien antigua, y que una cosa de esta naturaleza no se habria esparcido tan generalmente entre los pueblos, si en la antigüedad no hubiese hablado algun autor que la hubiera escrito, ó alguna persona de autoridad que la hubiera divulgado. Cuando Mateo París, monge benedictino, é historiógrafo de Inglaterra en el siglo décimo tercio menciona y refiere la historia del pretendido judío errante, que en su tiempo anduvo en aquel reino en el año de 1229, supone que el comun de los cristianos estaba ya prevenido en favor de las voces que corrian de que un judío errante andaba por el mundo, expiando con sus viajes los injuriosos discursos que habia proferido, hablando á Jesucristo, y anunciando en todas partes la venida del Salvador.

[1] *Ecl.* l. I. 17.

I.
No es indig-
no del sabio
conocer lo
falso, y los
errores de
los hombres.
Se puede
hablar del
Judío erran-
te, aunque
sea fábula é
invenio lo que
de él se dice.

II.
Cómo ha pe-
dido hallar
cabida en la
creencia de
los pueblos
la fábula de
los Judíos
errantes.